

# Espacios de paz

Víctor Pliego

La guerra es un crimen brutal y sistemático. Mata personas, pero también destruye culturas, incendia bibliotecas, quema libros, expolia museos y borra la memoria de los vencidos. La aniquilación bélica es absoluta, física y mental. Frente al fuego arrasador, la luz tamizada por la niebla que llega indirectamente a través del cristal de una ventana invita al sosiego en un interior silencioso y confortable, donde resuenan músicas sutiles y gobiernan las mujeres. Los curiosos hacen colas en el Museo del Prado para ver estas escenas representadas en cuadros de pequeño formato, detalles menudos y asuntos aparentemente anodinos. Fueron pintados hace trescientos cincuenta años por un enigmático pintor de Delft llamado Johannes Vermeer (1632-1675). Las piezas de algunos de sus contemporáneos (Borch, Dou, Hooch, Maes, Metsu, Steen) que se exhiben en paralelo acentúan la genialidad del artista, la precisión de sus composiciones, su maravillosa técnica, la gracia de la luz y del color, la intensidad de los gestos atrapados por su ojo.

En el Museo Reina Sofía se pueden contemplar, sin colas, las obras más recientes de Fernando Zóbel (1924-1984), que reflejan una parecida calidad de luz y textura, con un lenguaje de vanguardia que tiene mucho en común con la claridad compositiva de Vermeer. Ambos artistas generan figuras gráciles y enigmáticas cuya emoción transita por espacios serenos: uno desde el realismo fiel y otro desde la abstracción. Pero hay en ambos una fuerza tranquila que penetra en el espectador de forma irresistible, templando su ánimo. El arte lo tiene difícil en estos tiempos de sangre y fuego, pero su testimonio es benéfico y ejemplar. Nos enseña que, frente a la destrucción, el caos y el crimen, existen otras realidades y otras posibilidades. El reposo que irradian estos cuadros es una invitación a la concordia, bajo el eco lejano de las bombas.